

ENVEJECIMIENTO DEMOGRÁFICO Y CAMBIO SOCIAL

Alberto Redondo de la Serna
(*Instituto Nacional de Servicios Sociales*)

La ancianidad es un fenómeno demográfico reciente, derivado de las transformaciones en el ciclo demográfico iniciadas en torno al fin del siglo XVIII. Aunque no se dispone de datos suficientes para confirmar la certeza de esta hipótesis, se considera que la tendencia general durante la mayor parte de la vida del hombre sobre la Tierra ha sido la estabilidad demográfica, y que las oscilaciones de población eran contrarrestadas por la dependencia de recursos que actuaba como mecanismo regulador por vía catastrófica, mediante un efecto de retroacción negativa. El crecimiento continuado de la población mundial a partir del último tercio del siglo XVIII es un hecho excepcional.¹

Con el asentamiento del nuevo ciclo demográfico, la longevidad dejará de ser un hecho extraordinario, a medida que un segmento creciente de la población alcance una mayor supervivencia. Es en el presente siglo cuando se ha puesto de manifiesto la generalización de la ancianidad: no en balde en los últimos cien años se han erradicado enfermedades epidémicas e infectocontagiosas que habían azotado secularmente al hombre.

El cambio que se está produciendo constituye una verdadera «revolución demográfica»: la ancianidad no será ya un fenómeno singular, reservado a una minoría de personas de excepcional longevidad, y se transformará, paulatinamente, en un fenómeno general a escala mundial. En todas

1. E. A. Wrigley: «Historia y Población. Introducción a la demografía histórica», Madrid, 1969.

las zonas del mundo, cualquiera que sea su grado de desarrollo, el ritmo de crecimiento de la población anciana es hoy superior al ritmo de crecimiento de toda la población.²

1. EL ENVEJECIMIENTO DEMOGRÁFICO

El envejecimiento demográfico como fenómeno colectivo de una sociedad es identificable por las variaciones relativas en la estructura demográfica, y ocasiona transformaciones económicas y sociales decisivas que afectan a la población activa, la producción, la demanda de bienes y servicios, la organización social, etc.

En relación con el fenómeno del envejecimiento demográfico, existen dos aspectos diferenciados que deben tratarse separadamente:

a) El incremento en términos cuantitativos de la población anciana, a consecuencia de la reducción de la mortalidad infantil que permite a un número mayor de supervivientes alcanzar la ancianidad.

b) El incremento en términos relativos del peso de la población anciana en el conjunto de la población total, a consecuencia de la reducción de la fecundidad.

Se trata de dos procesos distintos y autónomos, no siempre bien diferenciados. Por ello, llamaremos *Ancianización* al incremento en cifras absolutas de la población anciana en un espacio determinado, y *Envejecimiento* en sentido estricto al incremento del peso relativo de los ancianos en el conjunto de habitantes de un espacio determinado.³

La *ancianización* es producto de las mejoras en la supervivencia de las cohortes de población, básicamente por la reducción de la mortalidad perinatal e infantil y subsidiariamente por la erradicación de pandemias y las mejoras en el estado sanitario general y en la higiene pública. La *ancianización* precede al *envejecimiento*, el cual es un proceso más complejo que se manifiesta con mayor lentitud, como resultado de la reducción continuada de la fecundidad, de la *ancianización*, o de ambos sucesos.

En un territorio puede crecer el número de ancianos en términos abso-

2. Naciones Unidas: «Consideraciones demográficas», Asamblea Mundial sobre Envejecimiento, 1982.

3. A. Redondo de la Serna: «Envejecimiento y Población Anciana en España», Tesina de Licenciatura, Universidad Complutense, Madrid, 1982.

lutos, sin que haya envejecimiento en sentido estricto, siempre que la población en su conjunto aumente al mismo ritmo; en este caso, el aumento de la ancianidad no se traduce en envejecimiento sino a largo plazo.

De hecho, algunas comunidades tienen problemas específicos derivados del número de ancianos, es decir, de la ancianización, pero no problema de envejecimiento, mientras que en otras comunidades se manifiestan ambos tipos de problemas.

Los factores básicos que inciden en el envejecimiento de una sociedad son los movimientos en la natalidad, la mortalidad, y las migraciones. Las tres variables pueden considerarse independientes dentro de cierto campo de variación, a pesar de su interdependencia. En efecto, pueden observarse variaciones de la mortalidad sin que el comportamiento respecto a la fecundidad se modifique a corto y medio plazo, y viceversa. Lo mismo cabe decir respecto a variaciones de la fecundidad sin que se modifique el comportamiento migratorio.

Esta relativa independencia y autonomía entre las variables se debe, en buena medida, a que los movimientos en la natalidad, la mortalidad y las migraciones están determinados por tres características básicas:

- El comportamiento de las parejas hacia la reproducción.
- El estado sanitario general.
- La tendencia a favorecer la marcha de los habitantes de una comunidad o, por el contrario, a la atracción de habitantes de otras comunidades.

Y en tanto que el estado sanitario no varía a corto plazo, y el comportamiento hacia la reproducción no depende exclusivamente de la voluntad individual, son los movimientos migratorios los que ocasionan modificaciones más elásticas de las pirámides de población.

2. EFECTO DE LAS VARIABLES DEMOGRÁFICAS EN LA ANCIANIDAD

En conjunto, el papel de la mortalidad en el proceso de envejecimiento es, hasta el momento, secundario e indirecto, actuando exclusivamente sobre el volumen de población anciana futura.

La reducción secular de la mortalidad ha permitido aumentar los efectivos del estrato de población anciana pero indirectamente, ya que en realidad han sido los niños quienes se han beneficiado de los progresos realiza-

dos: ha sido la caída de la mortalidad perinatal e infantil el componente esencial de la reducción de las tasas de mortalidad en todos los países, provocando por lo tanto un rejuvenecimiento por la base de la pirámide de población. La reducción de la mortalidad infantil se está traduciendo en un lento envejecimiento por la cúspide porque generaciones numéricamente superiores de supervivientes alcanzan la ancianidad.

El envejecimiento de una población es resultante indirecta de las variables que actúan sobre el comportamiento de las parejas respecto a la reproducción y especialmente en relación con el control de la fertilidad.

La reducción de la fecundidad se traduce en el envejecimiento simultáneo de una comunidad por la cúspide y por la base de su pirámide de población. Es el agente más eficaz de envejecimiento y toda población cuya fecundidad se reduce durante un cierto tiempo experimenta indefectiblemente un envejecimiento de su estructura de edades, perceptible en la deformación de la pirámide.

Respecto a las migraciones, éstas tienen un papel importante en el envejecimiento de una población, especialmente las migraciones interiores que actúan simultáneamente sobre dos comunidades de un mismo Estado.

Los jóvenes que emigran modifican la estructura de edad de su comunidad, envejeciéndola, y reduciendo la fecundidad tanto directamente (disminución de la población fértil) como indirectamente (por el envejecimiento general de la estructura de edad). Por otra parte, modifican la estructura de edad de las comunidades receptoras de migración, rejuveneciendo a éstas parcialmente y modificando las pautas de fecundidad de la comunidad.⁴

3. ENVEJECIMIENTO Y TRANSICIÓN DEMOGRÁFICA

El envejecimiento de la población resulta ser una consecuencia de la transición demográfica tal como ésta se considera en la teoría clásica. El primer resultado de la modernización del ciclo demográfico es la caída de la mortalidad y la ampliación del crecimiento vegetativo con el rejuvenecimiento de la población y la aceleración de la población total.⁵

Esta fase sienta las bases para el posterior incremento numérico del

4. Naciones Unidas: «Le Vieillessement des Populations et ses consequences économiques et sociales», Nueva York, 1956; «Envejecimiento: cuestiones de desarrollo», Nueva York, 1982.

5. J. Díez Nicolás: «La transición demográfica en España», «Rev. Estudios Sociales», Madrid, 1971.

volumen de población anciana, primer anuncio del envejecimiento y que puede ser compatible con el final de la fase de expansión de la base demográfica.

Después, cuando, al final de la transición demográfica, se produce la reducción sostenida de natalidad por el control consciente de la fecundidad, se registra en poco tiempo una reducción del crecimiento demográfico y un envejecimiento por la base de la pirámide de población. Ello implica un envejecimiento general de la estructura de edades, debido al crecimiento numérico de la población anciana y al simultáneo incremento de su peso relativo en el total.

La transición demográfica debiera, por lo tanto, culminar en una nueva situación de población estable con fuerte presencia de población adulta y anciana, originando consecuencias fundamentales en lo económico y social. Sin embargo, ningún país parece haber alcanzado la nueva situación, aunque no parezca muy lejana en aquellos países industrializados más envejecidos del área occidental.

Desde este punto de vista, la actuación del proceso de transición demográfica sobre el envejecimiento podría explicarse según la teoría polifásica de Davis, como consecuencia de las respuestas dadas por la población al descenso de la mortalidad. En efecto, a instancias de la presión que el descenso de la mortalidad origina, se producirían diversos tipos de respuestas, como el retraso de la nupcialidad, la acentuación del celibato voluntario (como controles indirectos sobre la fecundidad), el control consciente de la natalidad, la acentuación de las migraciones, respuestas que interactuando entre sí serían las determinantes del descenso sostenido de la fecundidad. Como consecuencia de ésta (y éste es un elemento no incluido en la teoría de cambio y respuesta de Davis) se produciría el envejecimiento.

En el cuadro I se muestra el efecto de la transición demográfica sobre las estructuras familiares como consecuencia de las diversas respuestas citadas. Se caracterizan por un incremento del número de hijas vivas durante la ancianidad de la madre en las primeras fases del ciclo demográfico moderno, seguido de una fuerte reducción al finalizar la transición, estableciendo un equilibrio con menor fecundidad y con mayor grado de envejecimiento.

CUADRO I

Efectos de los cambios demográficos sobre las estructuras familiares

*Número de hijas que continúan con vida,
por edad de la mujer anciana*

<i>Edad de la madre</i>	<i>País</i>		
	<i>A¹</i>	<i>B²</i>	<i>C³</i>
60	1,70	2,78	1,19
70	1,44	2,66	1,15
80	1,17	2,43	1,07

*Probabilidad de que la madre continúe con vida,
por edad de la hija*

<i>Edad de la hija</i>	<i>País</i>		
	<i>A</i>	<i>B</i>	<i>C</i>
35	0,48	0,79	0,85
45	0,29	0,61	0,69
55	0,12	0,36	0,44

1. País con elevada fecundidad (tasa bruta de reproducción de 3,29) y elevada mortalidad (e=0 38,48) como las de un país antes de la transición demográfica.

2. País con elevada fecundidad (tasa bruta de reproducción de 3,13) y baja mortalidad (e=0 67,70) como las de un país en el curso de la transición demográfica.

3. País con baja fecundidad (tasa bruta de reproducción de 1,26) y baja mortalidad (e=0 74,22) como las de un país que ya ha pasado por la transición demográfica.

Fuente: Naciones Unidas, *op. cit.*, 1982.

4. LA ANCIANIDAD COMO ESTADIO SOCIAL

Como consecuencia del incremento de la población anciana y del proceso general de envejecimiento, el lugar de la ancianidad en la estructura social se modifica.

La vejez como estadio social se puede definir por las modificaciones operadas en los sistemas de *status* y de roles asociados con la edad, la ocupación, el lugar en el grupo familiar, el grado de interrelación personal, la formación de las opiniones, etc., modificaciones que afectan a la forma en que los individuos asumen los hechos sociales, en una sociedad determinada.

Al ingresar en el estadio social de la ancianidad, los individuos pueden adquirir un *status* y unas pautas de conducta capaces de modificar su comportamiento anterior, pero estas modificaciones no son necesariamente explícitas de inmediato, sino precedidas de un período de ajuste; ni tampoco el comportamiento que la sociedad espera de sus individuos ancianos es igual para todos los grupos sociales.

La adquisición del *status* de anciano no supone la anulación de todos los anteriores, aunque puede producirse la extinción de algunos de ellos. Por ejemplo, la entrada en este estadio social de los trabajadores asalariados implica generalmente su jubilación, con la consiguiente extinción de su *status* profesional, que modifica las pautas a él asociadas, reguladoras, en gran parte, de sus interrelaciones personales, que, para una gran parte de los trabajadores, giran en torno a las relaciones laborales.

Tal impacto tiene la extinción del *status* profesional que el jubilado es inmediatamente percibido por sus próximos como anciano, al margen de su aspecto y condición física. Y éste es uno de los motivos de la crisis personales que provocan las jubilaciones, especialmente las anticipadas.

Sin embargo, con los trabajadores autónomos, los profesionales libres, y las amas de casa, no sucede igual. Se trata de colectivos donde no se produce la extinción del *status* de ocupación, y la regulación de sus interrelaciones no sufre modificaciones súbitas por el solo hecho de alcanzar determinada edad.⁶

Es estadio social de la ancianidad es atribuido al individuo desde su exterior, con fuerza normativa sobre él. La ancianidad es un verdadero *fait social* en sentido durkheimniano, y como tal debe ser tratado, como hecho objetivable, como cosa en sí aislable (a efectos de análisis) de sus manifestaciones individuales. Posteriormente podrá tipificarse a determi-

6. En la peculiar situación del ama de casa, la modificación de sus pautas de conducta se producen con anterioridad, cuando los hijos se separan del hogar.

nadas manifestaciones del hecho social como «problemas sociales», pero lo son en tanto que hechos sociales con ciertas peculiaridades.

Esta imposición exterior del *status* de la ancianidad, fundada en características externas, es asumida repentinamente por los individuos afectados (especialmente cuando coincide con un mecanismo excluyente como la jubilación), mediatizada por la percepción cultural de los grupos sociales, originando modificaciones en las relaciones sociales y pautas de comportamiento de los individuos afectados y de sus grupos.

La ancianidad, desde el punto de vista del marco morfológico en que se produce como hecho social, es un sector diferenciado de la estructura social, un estrato de población, que se compone de elementos pertenecientes a diversos grupos sociales, unidos por un suceso demográfico común: la edad. Se trata de un conjunto poblacional heterogéneo cuyos miembros cumplen la condición «... tener una edad igual o superior a "X" años...». En tal sentido podemos hablar de la población anciana como *categoría social*, es decir, como un agregado desprovisto de interacciones pautadas específicas entre sus componentes.

Una categoría social diferenciada es una disposición generalizada al desempeño de ciertos papeles concretos que están asociados al corte diferenciador. En todas las sociedades se reconocen socialmente diversas etapas en la vida de las personas a las que se atribuyen esquemas difusos de actividades, actitudes, normas de conducta, etc.

La población anciana como sector diferenciado es un agregado estadístico, que sirve como indicación operativa para delimitar un estrato de población. El conjunto de individuos que integran la categoría social es una clase definida estrictamente por la edad, y por lo tanto no es, en ningún caso, un grupo corporativo por la ausencia de otros rasgos comunes que el puramente cronológico.

En la categoría social formada por la población anciana existen, naturalmente, diversas subculturas diferenciadas, pero no se ha demostrado suficientemente la existencia de una subcultura única para todos los ancianos que vaya más allá de unos comportamientos generacionales. No hay una «cultura anciana» específica.

Es cierto que se tiende a comparar la conducta social del anciano y la del joven, atribuyendo a la edad las notorias diferencias existentes. Sin embargo, aparte del criterio cronológico, hay que considerar la importancia decisiva del «tiempo social».

Entre un grupo de individuos de 70 a 75 años, y otro grupo de individuos de 20 a 25 años, radicados en un mismo hábitat y en igualdad de otros factores, existen 50 años de calendario de diferencia, pero cada grupo se ha desarrollado en un momento histórico diferente, con acontecimientos

que pueden ser muy distintos y con patrones culturales y reglas de conducta que pueden diferir enormemente. Es obvio recordar que los ancianos de hoy fueron jóvenes en un medio social y cultural muy distinto al que tienen como marco los jóvenes de hoy.

Las subculturas presentes en la ancianidad no están determinadas por la edad como suceso básico creador de nuevas pautas, más bien se trata de modificaciones sobre pautas previas, adaptaciones, motivadas por la edad y la coerción exterior, en la forma de asumir las subculturas previas al suceso cronológico que señala la integración en la ancianidad. En resumen, no hay culturas o subculturas específicas de ancianos, sino peculiaridades de los ancianos al vivir las diferentes subculturas de una misma sociedad.

5. ENVEJECIMIENTO Y CAMBIO SOCIAL

En el mundo actual, el papel social de los ancianos dentro de los grupos familiares se modifica, padece el deterioro común a los roles familiares tradicionales, al que se suma en muchos casos la disminución de relaciones motivada por la mayor distancia física entre las viviendas de los parientes próximos, bien por efecto de movimientos migratorios, bien por la expansión de las grandes urbes.

De los ancianos españoles mayores de 65 años, viven con sus hijos el 36,7 % y con otros familiares el 8 %. Se trata, en estos casos, de ancianos viudos, mujeres de edad muy avanzada, escasos recursos económicos y baja escolarización.⁷ El papel de estos ancianos en los grupos familiares en que conviven es muy secundario, influyendo en ello el carácter cuasiasistencial de su situación.

La mayoría de los ancianos, por lo tanto, vive en hogares unigeneracionales, unipersonales (16,3 %) o conyugales (39 %). Quienes viven solos tienen, por lo general, un nivel de equipamiento en su vivienda inferior a la media nacional, rentas reducidas y frecuentan poco (aunque más que quienes viven con hijos o familiares) a sus amigos y parientes e incluso salen menos a la calle. Aunque los ancianos que viven con su cónyuge mantienen un nivel de relaciones sociales más amplio, es preciso señalar en los jubilados que con el lugar de trabajo se pierde también el centro primordial de relación social, y que las relaciones que las amas de casa esta-

7. A. Redondo de la Serna: «Envejecer en España (encuesta nacional)», INSERSO, Colección Documentos Técnicos, Madrid, 1983.

blecen con otras vecinas disminuyen también con la ancianidad, ya que no tienen apenas contacto con las vecinas jóvenes.

Resulta así que el anciano ve difuminado su lugar en un mundo donde la opinión dominante, expresada en los medios de comunicación de masas, corresponde a las características de una generación intermedia, activa y con formalizaciones distintas de los valores sociales (incluso de los tradicionales), sin tener tampoco un lugar claro en las relaciones familiares (un 14 % de los ancianos no tienen hijos vivos), y sin que el anciano frecuente mucho los centros de relación social para ancianos (sólo un 18,1 % de los mayores de 65 años, en su mayoría varones, habitantes de núcleos urbanos, asiste a estos centros). Las actividades básicas son pasear y ver la televisión; ambas implican una actitud espectadora y de baja interacción social.

Los ancianos son, por tanto, una capa creciente de la sociedad, que, individualmente, se ve constreñida a una paulatina disminución de interrelaciones sociales (acentuada por la edad), al tiempo que, colectivamente, su importancia cuantitativa crece en la sociedad.

La dinámica social no puede dejar de reflejar el contrapeso que produce la disminución de cohortes infantiles y juveniles y el aumento de cohortes ancianas, por lo que, en igualdad de otros factores, el peso conservador aumentará paulatinamente. En 1990, el 16,5 % de los electores españoles estará compuesto por mayores de 65 años, y el 38,1 % por mayores de 50 años. Esta composición del electorado influirá, aunque quizá no de inmediato, en el sistema socio-político, y no tanto en las opciones políticas concretas (aunque la propensión al voto conservador es mayor entre los ancianos) como en el propio estilo de gobierno, que habrá de prestar necesariamente atención a las necesidades públicas de esta categoría social, acentuando la dimensión de «seguridad» frente a la de «cambio».

No es que la ancianidad como categoría social sea impermeable al cambio, pero su plasticidad es menor y asume con gran lentitud todo cambio. Cada vez habrá más ancianos que vivirán de pensiones (es decir, de rentas bajas) durante períodos de 15 a 25 años, y será más perceptible su capacidad de cambio, aunque sea reducida, pero también será más perceptible, y en mayor grado, su demanda de seguridad, ya que el anciano es víctima débil, tanto frente al delito como frente a la inflación.

Una sociedad donde crecen los estratos menos permeables al cambio y decrecen o se estabilizan los estratos de mayor dinamismo social, no puede dejar de reflejar cualitativamente esta pérdida de flexibilidad. Con ello aumentará la estabilidad pero disminuirá la dificultad de adaptación a lo inesperado, serán sociedades menos conflictivas en su interior y más frágiles frente al conflicto exterior.

Como consecuencia, a medida que nos aproximemos al cambio de siglo,

será más evidente la necesidad de modificar las pautas culturales sobre la vejez hoy predominantes, y que en gran medida son herencia directa de una sociedad tradicional casi extinta. En este sentido, la ancianización de la sociedad propiciará un cambio de determinadas pautas sociales, única respuesta posible al lento desaceleramiento del cambio social.

En resumen, el final de la transición demográfica implica un crecimiento de la población anciana que modifica el lugar de este estrato de población en la estructura social, produciéndose un incremento de su importancia colectiva, paralelo a la disminución individual de las interrelaciones sociales de cada uno de los ancianos. La ancianización (incremento cuantitativo de la población anciana) produce un impacto en la vida social, modifica pautas culturales sobre la vejez (como ya sucede en los mensajes publicitarios) y gradualmente repercute en la desaceleración del cambio social.